

Psicología del ajedrez

Por ENRIQUE GUARNER

SE puede afirmar que el juego que conocemos como ajedrez es un sustituto del arte de la guerra y es por ello que fue el favorito de algunos de los grandes militares de la historia como: Guillermo «El Conquistador», Carlos XII, Federico «El Grande» o Napoleón Bonaparte. En esta lucha ficticia entre dos ejércitos los principios de la estrategia y táctica, así como el adivinar los planes del enemigo, o las consecuencias de alguna indecisión tienen una importancia fundamental.

La mayoría de las autoridades creen que el juego se originó en la India y que de allí pasó a Persia, de tal manera que las conquistas árabes lo difundieron por Europa hace aproximadamente mil años.

El primer nombre en sánscrito del pasatiempo fue «chaturanga» que significaba «cuatro miembros» o sea, los componentes principales como eran: elefantes, carruajes, caballos y soldados. Los persas simplificaron el vocablo convirtiéndolo en «Schahtrang», es decir, juego de reyes. Como resultado de que la batalla finaliza con la muerte del «Schah» surgieron las modificaciones consiguientes siendo la castellana «jaque mate», la inglesa «check mate» y la francesa «échec et mat», todas las cuales quieren decir que el rey está muerto.

A partir de la Edad Media una innovación fue introducida a las reglas del ajedrez y ésta fue que junto al monarca existiera otra pieza que sería su consejero o «visir». Posteriormente con la aparición de grandes damas dentro de los poderes europeos como resultaron: Lucrecia Borgia, Isabel «La Católica» o Catalina de Medici, la pieza cambió de sexo y se transformó en «reina» o da-

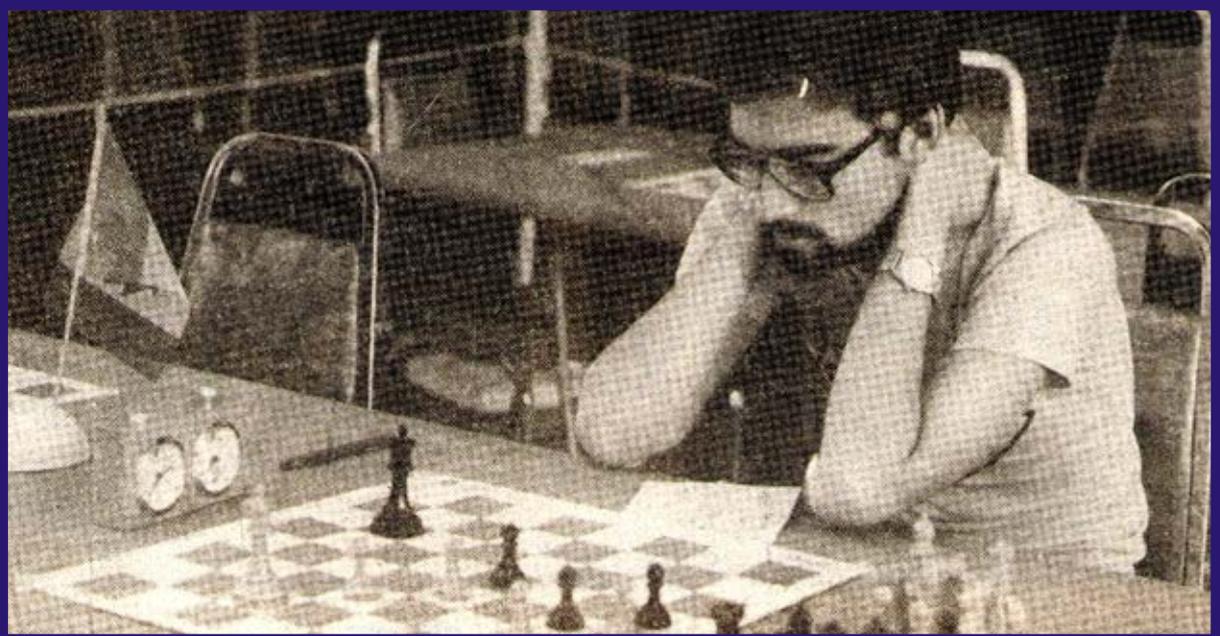
ma. A mediados del siglo XVI, la permuta de género fue seguida por un incremento de su poder de tal forma que hoy en día, ella es quien determina la supremacía en el tablero.

Una viñeta histórica señalada por Edward Lasker en su libro «The adventure of chess» nos dice que el ajedrez fue en parte responsable del descubrimiento de América. Se supone que alrededor de febrero de 1492, Cristóbal Colón estaba tan disgustado con la postura del rey Fernando que parecía dispuesto de abandonar sus proyectos. De acuerdo con cartas encontradas en los archivos de Córdoba la noticia llegó a la corte, mientras el monarca se hallaba enfrascado en una partida con su secretario Fonseca. La reina Isabel sabía que interrumpirlo sería fatal, pero que si su esposo ganaba, la situación cambiaría. A través de movimientos de piezas la victoria sería del soberano y secretamente logró que él las descubriera, con lo cual el almirante fue de nuevo convocado.

La última jugada que se introdujo en el ajedrez fue el llamado «enroque», que data de 1585. A través del mismo se ofrecía mayor defensa al rey. Podría afirmarse que desde fines del siglo XVII las reglas del pasatiempo no han sufrido modificación alguna.

A fines del siglo XVI emergieron los primeros grandes jugadores como fueron Ruy López y Alfonso Cerón de España, los cuales compitieron ante Felipe II contra los italianos Giovanni Leonardo y Paolo Boi, por cierto que este último llegó a cometer suicidio después de sufrir una derrota.

En el siglo XVIII, la gran figura del ajedrez fue el francés André Philidor, quien aprendió los movimientos tácticos en la infancia, cuando formaba parte del coro de la capilla de Luis XV. Este excepcional jugador resultó además un consumado músico componiendo óperas que alcanzaron grandes éxitos. Como ajedrecista Philidor no tuvo rival y en el «Café de la Régence» derrotó a los me-



jores de su época. La Revolución Francesa lo obligó a emigrar a Londres donde también se impuso a la élite del ajedrez británico.

A mediados del siglo XIX un norteamericano de Nueva Orleans, Paul Morphy resultó imbatible, pero el campeón de aquellos entonces, el inglés Howard Staunton se negó a jugar contra él. Fue por ello que Morphy desarrolló una psicosis con ideas delirantes y persecutorias. El psicoanalista Ernest Jones escribió un ensayo interesante sobre su enfermedad mental que se derivarían de una

lucha a muerte en contra de la figura paterna.

Muchos autores consideran la época que abarca desde 1920 hasta 1938 como la «edad de oro del ajedrez». La razón se origina de los grandes encuentros que protagonizaron: Emanuel Lasker, el cubano José Raúl Capablanca y el maestro como Alexander Alhekin.

No puedo dejar de mencionar aquí al extraordinario Arón Nimzovich quien como resulta común en numerosos ajedrecistas, terminó sufriendo una paranoia en la que aseguraba que estaban tratando de envenenarlo o que Alhekin trataba de matarlo.

Al terminar la guerra mundial la escuela soviética de ajedrez se convirtió en la principal del mundo con maestros como Tigran, Petrosian o Boris Spassky. El último caso de psicosis de un ajedrecista fue el del norteamericano Bobby Fisher, quien después de ganar el campeonato mundial en Reikjavik en 1972, se retiró y hoy en día vive solitario confinado en un monasterio.

Factores psicológicos

Psicoanalíticamente los jugadores pueden dividirse en dos grupos. Los agresivos que utilizan toda clase de combinaciones con el objeto de ganar rápidamente. Por otra parte existen aquellos que son puramente defensivos porque temen perder, moviendo las piezas en forma estática creando una «guerra de nervios» en sus oponentes.

Debe hacerse hincapié en las cualidades matemáticas que el juego ofrece con una exquisita pureza en las maniobras para dominar al contrario. En realidad todas las acciones tienen un significado profundo. Por ejemplo, muchos jugadores protegen en forma constante a la reina (madre) a la que mueven con enormes precauciones y ceden todo el poder al rey (padre). Los contrarios son aquellos que invariablemente sienten a la figura materna omnipotente e invencible y la lanzan de inmediato a la ofensiva. Por supuesto que cuando la pierden se conmocionan y ya no tienen intereses en el resto del juego.

Lógicamente el ajedrez nos ofrece una ruta directa al inconsciente. Es decir, que la idea fundamental es obtener el llamado «jaque mate», o sea, la muerte del padre casi siempre utilizando la ayuda de la dama, o sea de la madre.

Es tal vez por ello que los neuróticos encontramos en el pasatiempo una manera de liberar nuestras tendencias más reprimidas. Sería como que la fantasía se vuelve realidad y sin sentir angustia podemos reanjar nuestros anhelos edípicos infantiles.

El psicoanalista Reuben Fine, quien en una época fuera campeón, realizó una interpretación de la forma de actuar de algunos de los ejedrecistas más famosas y demostraba el origen de las mismas. Por ejemplo, la impetuosidad de Paul Morphy derivada de su odio al padre. Las partidas cerradas con posiciones permanentes del ajedrecista checoslovaca Wilhelm Steinitz con rasgos obsesivos. Los finales espléndidos de Capablanca, un romántico que gozaba en su sexualidad. La estrategia de Lasker quien siempre arriesgó a la dama, o la seguridad del ruso Spassky.

Es interesante señalar aquí que sin ser deporte el ajedrez produce un desgaste emocional que difícilmente observamos en otras actividades. En ocasiones la neurosis se apodera de los jugadores quienes manejan a sus contrarios. Una anécdota bastará para describir lo anteriormente señalado. En 1929 se enfrentaron el yugoslavo Vidmar contra el danés Nimzovich. Antes de la partida se prohibió el fumar y sin embargo, Vidmar sacó un pitillo emplazándolo sobre la mesa. En ese momento Nimzovich se levantó furioso y llamó al arbitro. Este último le hizo ver que su rival no estaba fumando, sin embargo, el danés le replicó inmediatamente: «pero está amenazando con hacerlo».

